

Opinió



Campos y campos.

Si Zamenhoff levantara la cabeza...

En cuanto a las mal llamadas "lenguas de trabajo", en los años 30 la hegemonía en la diplomacia era francesa; en la ciencia, alemana; en el comercio, anglonorteamericana, y en el obrerismo, rusa. Entonces el idioma auxiliar mal llamado esperanto era un peligro, porque podía destapar la caja de Pandora de la ecodiomática. "Ganaron" los aliados, pero sólo uno de ellos, la sacrosanta y cesaropapista alianza de Windsor y Rockefeller, se comió el pastel de la posguerra. Ahora el esperanto ya no es peligroso. Lo hablan cuatro gatos. Y la red es sólo un sueño, como la radio en los primeros 20, antes de los mítines virtuales de la radiodifusión de Hitler. Poco queda para que nos corten la libertad en la única línea de esperanza que le queda al entendimiento humano. Así pues, habrá que ir aprendiendo el lenguaje de signos: *del bombardeo, como poco, quedaremos sordos...* Hoy el esperanto lo aprenden jóvenes: en este momento en Brasil, en Nigeria, en Irán y en Nueva Zelanda. Deberían convencernos a los europeos, pero las parabólicas están para vender Adidas, y los esperantohablantes, internacionalistas de museo en la vieja Europa, si creciéramos de golpe, seríamos un problema. Si pudiéramos demostrar que ahorramos muchas más neuronas que la multinacional del *pleased-to-meet-you*, volveríamos a ser perseguidos a ambos lados de las trincheras. Los libros no dan dinero. Los Patriot y los Kalashnikov, sí.

Un arma tan bonita, la de aquel joven calvo que se llamó Zamenhoff, y qué pena que ahora sólo sea una válvula de escape a la tiranía del *basic english*, que es un chapurreo alienante que no nos prestigia ante el ciudadano ni ante el esclavo de lengua materna inglesa (600 millones de los 6.000), sino más bien nos sitúa bajo su bota.

Y cuando los perros de la guerra hayan roto todos los letreros en cirílico, ¿qué dirán? ¿Que eso nunca fue europeo? Perdonadme la lágrima.

Tengo amigos y amigas esperantistas en Yugoslavia. He brindado por Yugoslavia entre croatas, magiarses, musulmanes y serbios. Tito era esperantista. Y así es la vieja amargada de la Historia: la sangre siempre sale del mismo culo. Los civiles no cuentan. Cuentan los uniformes. Los serbios son malos, dice la tele. Milosevic es el culpable, dicen en el bar y en la peluquería. Se rinde otro sur, y esta vez es el nuestro. Aunque parezca que está lejos, está aquí al lado. En la Barcelona del olimpismo y el Fórum de las Culturas del 2004 (¿será posible?), en la Catalunya de los parques temáticos y en la Mallorca alemana, va llegando poco a poco el olor a queroseno desde Aviano. Y esta paz aparente no es virtual, pero es frágil, cada día más frágil, se resquebraja cada vez que alguien piensa que luchan "albano-kosovares" contra serbios. A uno y otro lado, mueren civiles a manos de militares. El ELK albanés se nutre de dinero mafioso y los chetniks serbios de un estado podrido. La utopía, en cambio, aún se nutre de esperanza y rabia, como en los viejos tiempos. "Ni ne rezignu! Ni esperu!" (No nos rindamos! Tengamos esperanza!).

Pako Belmonte

Para atacar el capitalismo no hay que poner bombas en los bancos, hay que ponerlas en los campos de golf. ¿Por qué? Pues porque los campos de golf son la forma que en el XX han tomado los antiguos cotos privados de caza. Quizás antes se trató de que los oligarcas pudieran comer jabalí, pero ahora lo chic es pasear por una alfombra de césped mientras un currito te carga la bolsa. Cada campo consume a diario el mismo agua que 8 familias al año, y su relación ecológica con el entorno es algo absolutamente artificial: ningún biotopo hubiese engendrado por sí mismo verdes y vallados prados con dieciocho banderitas y microdesiertos.

Estos son tiempos en que la industria armamentística prospera tecnológicamente y refina la "inteligencia" de sus misiles. Oí hace días que la OTAN dispone de bombas con retardo en su efecto, las cuales, una vez lanzadas, pueden quedar semiocultas en algunos suelos y matorrales. Su activación puede ser realizada en el momento elegido desde un satélite, liberando entonces letales gases tóxicos. Nada más potente que la amenaza

de genocidio con mando a distancia. ¿Será que ya han venido todos los Patriot y ahora hay que adaptarse a una nueva "campana" de ventas? ¿O será que la "industria de defensa" busca novedades ya con la misma lógica que la automovilística o cualquier otra?

Si fuera tan fácil reconvertir esa industria (la de armamento) como lo es (parece) cerrar astilleros, podría diseñarse una operación "humanitaria" como sigue: los bombarderos podrían lanzar en paracaídas kits completos de tiendas de campaña y alimentos de supervivencia, para después, mediante helicópteros "solidarios", aerotransportar miles de civiles kosovares, hacinados ahora en iniseros e improvisados parajes con destino a algunos de los muchos campos de golf de las zonas turísticas del Mediterráneo. Incluso el tiempo acompaña.

Pero no soñemos. El buen tiempo, por desgracia, sirve al emperador de turno para ordenar más ataques. Además, la patronal diría que eso implica el desempleo forzoso de los administrativos y diseñadores de ese turístico sector deportivo, justo ahora que empieza la temporada alta. Los inversores se horrorizarían pensando que la grifería que riega a diario los campos de golf en el Mediterráneo acabara sirviendo para evitar epidemias de cólera. Y las instituciones, los estados y sus eurócratas apelarían al coste económico, capaz de agujerear cualquier presupuesto "de cooperación", vital para la avalancha de ongs que se prestan tan voluntariamente a la llamada "ayuda humanitaria". La costra burocrática de cualquier acción internacional conjunta encontraría un obstáculo insalvable: la propiedad privada de los golf-clubs.

En fin, volviendo al principio de esta humilde reflexión, insistiría, especialmente dirigiéndome a los que como yo creen en la posibilidad de una sociedad en la que prive el "bien común", en que, contra el capitalismo y sus supuraciones militaristas, no cabe ya bombardear con goma-2, sino con utopías. También creo que esa es la única salida positiva a la rabia que nos produce la cotidiana impotencia ante el parte de guerra del televisor.

Franz Schonberg

(O ¿y quién se atreve a firmar esto sin pseudónimo?)